

se encuentra en la raza central, y dice que los diplomáticos occidentales deben acostumbrarse á considerar á aquellos pueblos como del mismo origen y con los mismos derechos. Añade que es tanto más indispensable, cuanto que ahora los europeos necesitan mucho más á los pueblos del Asia oriental de lo que éstos nos necesitan á nosotros. Syrski encuentra en el labrador chino más inteligencia que en el europeo; dice que especialmente los cultivadores de la seda saben explicar mejor sus procedimientos que nuestros europeos. Cooper opina de los mercaderes de Setchuán que muchas de sus buenas prendas no se pueden desarrollar por efecto de ciertas circunstancias desfavorables, pero que desde luego se reconoce que no son tan sólo perspicaces y buenos especuladores, sino también probos en sus tratos y hasta generosos, de manera que se granjean las voluntades con su confianza, induciendo á que se observe con ellos igual procedimiento é inspirando respeto. El diplomático inglés Oliphant los encomia por su cordura, su actividad y sus variados conocimientos en la agricultura, la industria y el comercio, hasta el punto de compararlos con la raza anglo-sajona. Se puede citar también como modelo la instrucción popular en los tres imperios asiáticos orientales. Quien haya observado al campesino japonés no habrá dejado de admirar su afición á las lecturas populares y poemas heroicos, y al juego de ajedrez, y su inteligente observación de los fenómenos naturales. Hay en ellos una actividad espiritual que difícilmente se encuentra en Europa en el pueblo del campo.

Si estos asiáticos orientales poseen un sano juicio, si tampoco les falta buena imaginación, si no aborrecen lo nuevo, como está probado por la historia antigua de los chinos y la contemporánea de los japoneses y coreanos, en las cuales se ve que no resisten á soportar sacrificios y trabajos para introducir útiles novedades, ¿qué les falta para avanzar por el camino seguido por los occidentales? No puede ser carencia de esfuerzos, sino más bien error en la aplicación de los mismos.

Peschel dice acerca de este asunto: «Hemos admirado entre los chinos un sinnúmero de invenciones, de las que nos hemos aprovechado, pero ni una sola teoría, ni una mira más profunda en las relaciones y las causas próximas de los fenómenos.» Esta observación tiene el mérito de ser perfectamente verdadera. Los chinos nunca han penetrado el sentido de la ciencia desde los tiempos de los antiguos griegos. Observan la naturaleza en sus menores detalles, pero estas observaciones no les sirven para corregir falsas ideas. Están apegados á sus tradiciones y nunca se cansan de repetir las fábulas que leen en sus libros. La desaparición, tan fácil de explicar, de ciertas aves en invierno, les ha dado motivo para inventar todo género de fábulas maravillosas. Las codornices se transforman en otoño en topos, y vuelven á ser codornices al volver la primavera, en cual estación los azores se convierten en palomas y vuelven á su primera forma en el verano. Del propio modo en otoño varios pajaritos se transforman en mariscos, y los faisanes se tornan en invierno conchas de Venus. Para ellos los cuerpos son meras apariencias, el mundo una pompa de jabón. Los límites que determinan para las mil transformaciones que imaginan, prueban cuán arraigadas están semejantes creencias: «Es ridículo decir que las codornices se transforman en topos y los granos de arroz en carpas: sólo está probado que los ratones se convierten en codornices; esto se refiere en todos los periódicos, y así lo he observado yo mismo.»

Un antiguo libro, que data de más de 4.000 años y trata de las propiedades de las plantas para curar las enfer-

midades, es aun hoy día la base de todos los conocimientos en esta materia. Los chinos pretenden que el autor probó, en un día y en su propia persona, setenta venenos. Luego se indicaron 365 remedios, uno por cada día, pues existen 365 influencias del cielo sobre los seres mortales. Estos remedios llegaron más tarde á varios millares. El chino desconoce la anatomía.

Sin embargo, en muchas obras de artistas asiáticos orientales, admírase una fiel imitación de la naturaleza.

Por ejemplo, es magnífica un águila marítima que hay en el museo de Kensington, con las plumas erizadas; en esa escultura no faltan ni las menuditas plumas de los ángulos del pico. Este trabajo es del siglo XVI y es obra del célebre Migochín Muncharu. Hay allí también una tortuga, trabajo de cerámica, que sale del agua goteando, y es de labor tan perfecta que engaña. En el arte decorativo abundan las azucenas marinas, las tortugas, las grullas, las ranas, los lagartos, todos imitados con pulcritud y naturalidad, luego cañas y hojas de bambú, y halcones, que adornan las tapas de los calderos. Los adornos preferidos son la combinación de tortugas, grullas y rosas marinas.

Los asiáticos orientales muestran gran afición á la belleza de la naturaleza en el arte, la literatura y el cultivo de los jardines. Los templos están rodeados de jardines donde la naturaleza y el arte compiten á porfía y llenan de admiración á los visitantes.

El japonés posee el sentido de lo bello en alto grado, suele fabricar el campesino su cabaña á orillas de un arroyo, coloca oportunamente algunas piedras, y llega así á formar una pequeña cascada, pues le gusta el ruido del agua. Enlaza algunas ramas de los cedros vecinos, separa unas, dobla otras por medio de una tablilla, sobre su cascada, y de este modo hace que les presten sombra. A poca distancia planta un albaricoquero. La familia se llena de júbilo al ver las primeras flores. Es antigua costumbre japonesa derramar flores sobre las tumbas.

El arte está íntimamente enlazado con la vida, y los juegos de colores son la diversión predilecta en todos los círculos. El traje japonés es de colores muy varios, y toda escena de la vida popular está animada con mil colores, en oposición á China, cuyo pueblo observa la mayor uniformidad en las prendas de vestir. Pero la facultad de invención parece haber muerto en la pintura japonesa. ¿Cuántos períodos de decadencia ha habido en Europa? También en la arquitectura del Asia oriental predomina el elemento pintoresco. La madera es el material preferido, y pulida, dorada, y revestida de porcelana, produce vistosos efectos. Empléase con preferencia en la decoración de los templos budhistas. Allí domina lo grotesco; la ejecución técnica es esmerada; el delicado sentido de la naturaleza y la imaginación tropiezan en su desarrollo con las exigencias de la teogonía india. Pero también en las formas del budhismo se demuestra la afición á las bellezas naturales que prevalecen en los japoneses. Dedicaron á la diosa del mar y de la armonía unos pequeños templos, erigidos sobre islas artificiales, en medio de vastos estanques. Rodean los templos de paisajes pintorescos, que inspiran graves meditaciones sobre la vanidad de las cosas humanas y una tranquila calma. En Nikko hay templos célebres, de los cuales los japoneses dicen: «No hables de cosas sublimes antes de haber visto Nikko.» Están rodeados de bosques de cedros y por unas avenidas cubiertas se pasa de un santuario á otro. Pagodas, casas de oración, pozos sagrados, capillas, gabinetes para encerrar el tesoro, están esparcidos por el sagrado bosque. En las regiones montuosas se encuentra una multitud de templos rodeados de cipreses, co-

locados en medio de un cerco de murallas, provistas de torres: presentan una vida pintoresca, destacándose de las peñas desnudas.

CAPITULO V

CHINOS

«La China es para sí misma un mundo.»

CARLOS RITTER

Traje.—Adornos.—Los pies pequeños.—Actividad económica.—Agricultura.—Propiedades.—Cria del ganado.—Alimentación.—Arroz.—Opio.—Ciudades y aldeas.—Caminos de tráfico.—Estado floreciente antiguo y decadencia actual.—Canal imperial.—Red de caminos.—Navegación fluvial y marítima.—Industria.—Estancamiento y atraso.—Jornales.—Asociaciones obreras.—Actividad comercial y colonización.

El aspecto general de los chinos, de Sud á Norte, es muy uniforme, y aun las diferencias de clase no se distinguen tanto como en otras partes, en el vestido ó en los adornos. El traje general consiste en calzones muy anchos y blusa, ambos de algodón azul, y á veces encima de esta una chaqueta de tela negra más gruesa. Se calcula que un hombre de la clase media necesita dos trajes de algodón al año, lo que representa á lo más un gasto de doce á trece pesetas. Los vestidos de lana, cuya tela llega de Rusia é Inglaterra, en cantidades que van en aumento, se introducen lentamente, pues en un principio sólo los llevaban las personas acomodadas. El pueblo bajo, durante el invierno, que no deja de ser riguroso en el Sud, se abriga con otras prendas de algodón ó blusas acolchadas, y en el Norte con pieles de oveja. Los ricos llevan pieles preciosas de Siberia, que cien años atrás se vendían ya mucho en la China. En las provincias productoras de seda, queda una enorme cantidad de este producto, y el día de año nuevo y otros festivos la mitad de la población de una ciudad como Ching-tufu sale vestida de seda. Ha perdido, sin embargo, algo de su valor la máxima del emperador Kanghi: «Tu primer cuidado debe ser la agricultura y el cultivo del moral, para que tengas alimento y trajes.» Los ricos, en lugar de la blusa de algodón azul, llevan una especie de bata muy larga, sujeta por un cinturón, del cual cuelgan la bolsa, la petaca y cosas semejantes. Las mangas, que son muy largas, cubren las manos y reemplazan á los bolsillos. Los varones chinos llevaban el cabello suelto hasta el año 1644, en el cual los mandchúes atribuyeron al uso de la trenza y de llevar la parte anterior de la cabeza afeitada el sentido emblemático de los verdaderos chinos. Desde entonces es muy mal visto el carecer de trenza y el cabello suelto es señal de rebelión contra el poder constituido. A cada nueva conquista se hicieron tentativas para eximirse de la obligación de llevar trenza, impuesta á los pueblos sometidos, y más de una vez se ha logrado esta exención por medio de grandes cantidades de dinero. Hasta la edad madura los varones no deben dejarse crecer la barba, y esta es la causa de que en la China sea tan provechoso el oficio de barbero. Los mismos trabajadores sacrifican algunos *sapeques* para afeitarse lo menos cada ocho días. Los chinos del Norte llevan la trenza corta, lo propio que muchos nómadas del Asia interior; los del Sud, al contrario, la llevan larga y gruesa en lo posible, entrelazando en ella al efecto crines de caballo y cintas. Mucho más variado es el tocado de las mujeres, las cuales han conservado ciertas originalidades de sus provincias. En el Sud, las solteras se cortan el cabello formando sobre la frente una línea oblicua. Las casadas lo recogen todo formando un moño en la coronilla; en otras partes lo arreglan á los dos lados de la cabeza á manera de

alas. El adorno general consiste en alfileres, perlas, flores naturales y artificiales. En el Sud, el hombre del pueblo casi siempre lleva la cabeza descubierta sin que le hagan el menor daño los ardientes rayos del sol de verano. A lo más coloca en la trenza un abanico que se mueve automáticamente al andar. Los sencillos gorros negros de los chinos del Norte son una parte del traje nacional que distingue también á los que habitan en la Mogolia. Las personas principales, especialmente los mandarines, nunca se presentan descubiertas: llevan unos sombreros finos de paja y bambú, forrados de seda, con flecos colgantes; en el verano gorros de fieltro ó de paño con los bordes vueltos hacia arriba ricamente bordados; en el invierno gorros de pieles. Desde el establecimiento de la dinastía mandchú, ostentan en el sombrero los signos de su dignidad, que consisten en botones, en el orden siguiente: coral, vidrio azul celeste, lapislázuli, cristal, cristal blanco, oro ó dorado. El traje de los mandarines chinos lo han adoptado hace mucho tiempo los empleados del Tibet y de la India posterior del Norte; en Kiangtung se usa la magnífica bata de pieles de marta cibelina, propia de los consejeros íntimos chinos. Las mujeres llevan mucho colorete y son tan exageradas en sus afeites como en la manía de achicarse los pies. En la China del Norte las ancianas y las niñas pequeñas son las únicas que no se pintan. Para ponerse el colorete, se dan primero en el rostro una mano de color blanco, y luego se hacen en las mejillas manchas ovales de color de rosa.

La costumbre de impedir el crecimiento de los pies es enteramente china. Ya tenga por objeto tan bárbara práctica el obligar á las mujeres á no salir de casa ó el aumentar artificialmente su gordura, la tradición dice que procede de una emperatriz que tenía unos pies diminutos. A los cinco años vendan los pies de las niñas de manera que los dedos pequeños se doblan hacia adentro y el pulgar hacia afuera, y se impide el desarrollo de los talones. En las clases elevadas continúa este martirio hasta que la niña se ve obligada á andar como en zancos y no puede salir de casa sino en una silla de manos ó llevada á cuestras por una criada. Las mujeres de las clases pobres no están sujetas á tal exigencia, y aun en algunos puntos del imperio se va aboliendo en las damas de la buena sociedad, lo que indica que también las chinas empiezan á admitir las costumbres del Occidente, libertándose de las preocupaciones de la China antigua.

Los chinos no pecan de aseados. El japonés se baña á menudo, pero esto no significa limpieza para las clases pobres, pues se bañan en un tonel estrecho, que mide un metro de alto, y la misma agua sirve para muchas personas. Los asiáticos orientales no suelen respirar un aire muy puro ni en suficiente cantidad, debido principalmente á la especial construcción de sus viviendas. Las enfermedades de la piel y de los ojos son extraordinariamente frecuentes, y hasta en las partes septentrionales, por ejemplo en las cercanías de Pekín, hay extensos territorios malsanos.

Los chinos son especialmente un pueblo agricultor. Con frecuencia se ha hablado del honor que tributan el emperador en Pekín y sus representantes en las provincias á la agricultura; los principales sabios y hombres de Estado la han ensalzado por ser el recurso principal de una nación, y muchas personas de talento se han ocupado detenidamente en perfeccionarla. Su importancia se demuestra más claramente todavía en el hecho de que la China produce casi todo el alimento de su colosal población y que además inunda los mercados de todas las naciones de enormes cantidades de seda y te, lo que coloca á la Europa en un es-

tado de dependencia comercial con respecto á la China. De esto ha nacido la errónea consecuencia de que en China domina un cultivo general y altamente desarrollado. Los chinos están más adelantados en la agricultura que los indígenas de la India y otros pueblos medio civilizados; pero en toda la China del Sud, los terrenos montuosos son casi todos pobres. Amoy, poco más ó menos, forma la frontera de las tierras fértiles. Tampoco la China central está enteramente cultivada. Hay trechos cubiertos de juncos, plantas variadas y abrojos, que se podrían utilizar. Syrski vió en las provincias más adelantadas, aun en las inmediaciones de las casas, trechos no cultivados, y dice que las tumbas y las capillas ocupan mucho espacio. La agricultura china no corresponde completamente al ideal que algunos se han formado. El arado y el rastrillo se usan menos que el azadón, siendo desconocidos la pala y el carretón. Como los búfalos son los animales más comunes de tiro, especialmente para el arado, claro está que los trabajos andan perezosamente.

Considerando las ventajas de la economía rural en la China, la primera pregunta que se ocurre es: ¿Cómo están repartidos los bienes? Todos los historiadores de la China afirman que en el tiempo antiguo el Estado era el único propietario de los terrenos, y repartía anualmente los campos entre los que debían pagar tributo y eran capaces de trabajar, pero ahora no hay país agricultor en que la propiedad del terreno esté tan fraccionada como en la China. Las más extensas propiedades apenas llegan á 60 hectáreas. Un padre de familia, con 6 hectáreas de campo, se tiene por hombre acomodado. Una gran parte de la agricultura china no reportaría ganancia si los numerosos hijos de la familia no representasen la fuerza principal del trabajo. La sobriedad, la laboriosidad, la concordia en la familia constituyen la mayor parte del capital que explota el labrador chino. Nadie ignora que el arroz es el principal producto del país. En el Norte, donde ya no prospera, y en el Occidente se cultiva en su lugar trigo, pero la fertilidad del Sud y del Centro es tan grande que, con dos cosechas de arroz anuales, provee más que cualquier otra cosa, á la alimentación general. En la América del Norte se calculan 1.800 kilogramos por hectárea, en la India (Madrás) 2.470, y en la China 3.840 kilogramos. Ese arroz es el *paddy*, arroz con cáscara, del que se debe restar el 35 ó 50 por ciento de cáscara para tener el arroz que se come. El consumo, sin embargo, es tan grande, que son necesarias importaciones de Formosa, Manila é Indo-China. En los terrenos blandos del Norte y en las praderas de la Mandchuria prosperan el trigo, el mijo y el trigo morisco como el arroz en los terrenos bajos de Yantse. La importancia adquirida en todo el imperio por el maíz y la patata prueba que el agricultor chino no excluye todo lo nuevo, si es bueno, que le llevan los extranjeros.

Un ramo secundario de la agricultura, apenas conocido en Europa, prueba la inteligencia y la paciencia del chino. En los canales de riego de los arrozales hay muchos peces, riqueza aumentada por medio de la cría artificial, que se siembra, por decirlo así, en los campos de arroz inundados, de manera que el mismo terreno produce arroz en el verano y peces en el invierno. En ninguna parte como allí representa el pescado tan importante elemento para el sustento del pueblo, y la pesca fluvial y marítima se ejerce en grande escala y con los medios más variados.

El terreno es también muy á propósito para el bambú, el te y el moral, cuyas hojas sirven de gusano de seda. El animal que el chino cría en mayor número, es el cerdo, cuyo tocino y jamón son conocidos en toda el Asia meri-

dional y oriental. Los búfalos y los bueyes sirven como animal de carga y de tiro; y los primeros se utilizan también para el cultivo del terreno pantanoso de los arrozales. En el Norte, en las áridas colinas de Chansi y en los eriales areniscos del Petchili, críanse rebaños de ovejas, cuya lana es un importante artículo de comercio en la Mogolia. En los distritos productores de seda, todos los campos y los diques entre los cuadros de arroz están llenos de morales. Syrski observa que el cultivo del te no necesita mucho espacio, pues que esta planta se cultiva en los diques de los campos de arroz y en medio de los plantíos de morales. Si á esto se añade la creciente demanda de estos productos por los europeos, es fácil concebir por qué las provincias productoras del te y de la seda son las más pobladas.

Los numerosos y variados cultivos á que se dedica el labrador chino, hacen posible una explotación más intensa del terreno. Eugenio Simón cita 70 cultivos diferentes, entre otros, arroz, trigo, maíz, cebada, mijo, grano turco, algodón, te, seda, caña de azúcar; y solo doce plantas oleosas, bambú, moral, ailantos, etc. Se cultivan asiduamente las legumbres. Los precios del terreno son elevados. Syrski dice que la hectárea de terreno de arroz vale de 1.650 á 3.300 pesetas, la de terreno para jardín, cerca de Shangai, 1.400. Simón habla de terreno de arroz en la provincia de Setchuán que produjo en un año de 10.000 á 14.000 kilogramos de arroz y valía de 22.500 á 25.000 pesetas. Los arriendos representan poco más ó menos el 10 % del precio del terreno. Los precios de los productos varían muchísimo á causa de la falta de tráfico, y los graneros del gobierno, que se llenan anualmente en previsión de las malas cosechas, están lejos de proveer de suficiente alimento. Según Simón, los precios del arroz varían en más de 300 %, lo que es sorprendente, siendo el arroz el principal alimento de manutención.

En Europa se ha considerado durante mucho tiempo al chino como un ser que sólo vive de arroz y sin embargo es muy robusto y trabajador. Ahora se sabe que ni aun la plebe vive exclusivamente de arroz. Los chinos obreros no llevan peor vida que muchos de sus colegas europeos. Cuando los precios de los víveres son los regulares, un trabajador que gane 50 céntimos diarios, puede comprar 1 kilogramo de arroz, $\frac{1}{2}$ de verdura, $\frac{1}{2}$ de pescado, y aun le quedan 25 céntimos para te, sal, tabaco, alquiler de casa y prendas de vestir. Según Champión, los trabajadores, en los distritos de la seda de Hupei, reciben un alimento cuya base es el arroz, pero al que se añade carne de cerdo cuatro veces al mes, pescado ocho, y dos veces pollos, calculándose 24 kilos de arroz por cada obrero y 12 céntimos de te y tabaco. Según Syrski, los operarios de la gran llanura comen cuatro veces al día en tiempo ordinario, tres en invierno, y cinco durante la cosecha. En este último caso el alimento consiste en te y arroz cocido antes de salir al campo; arroz, habas, verdura entre 8 y 9; arroz, pescado, verdura, guisantes, aguardiente de arroz (*samchú*) á las 11 $\frac{1}{2}$; fideos y verdura entre 3 y 4; guisantes, verdura, carne de cerdo, á veces huevos y samchú á las 6. Consume además el trabajador diariamente 8 céntimos de te y tabaco. Según opinión general de los chinos, un individuo que no coma más que arroz, no puede hacer un trabajo pesado más que 15 días. Fortune alaba la manera de preparar alimentos tan sencillos. El queso de guisantes es, por ejemplo, un importante alimento.

Los chinos, los japoneses y los coreanos comen en un plato y con dos varitas, que tienen en la mano derecha.

El opio es por desgracia, de medio siglo á esta parte, un artículo importante para el pueblo chino, una necesidad que consume la vida en lugar de sostenerla y prolongarla

Se importan anualmente de 7 á 10 millones de kilogramos y casi la mitad de esta cantidad se produce en el país. Todo se consume en la China misma. Cálculase el gasto en 375 millones de pesetas anuales. La dosis que consume un fumador diariamente es de 4 ó 5 gramos. Algunos llegan á 15 ó 20, siendo de observar que se trata de opio concentrado. Los pobres fuman por segunda vez el opio ya fumado, pero así y todo sacrifican el resto del jornal á este vicio, mucho más caro que todos los narcóticos que se usan en Europa. Es superfluo hablar de las funestas consecuencias de semejante vicio, sobre todo tratándose de una población como la China, cuyas virtudes principales son la sobriedad, la paciencia y la laboriosidad. El vicio del opio destruye estas mismas virtudes, y sus efectos son más fatales que los del alcohol. Cuando en los pueblos europeos más robustos y enérgicos, el vicio de la embriaguez causa tantos estragos y se le considera terrible azote de las clases inferiores, ¿cuál será el resultado de un veneno como el opio en un pueblo mucho más débil?

La miseria, que hoy día entristece al viajero, allí donde cien años atrás admiraba el bienestar y el orden, es de atribuir, en gran parte, al uso del opio. Richthofen considera el aumento de este vicio como causa posible del decaimiento de la población. Las bebidas alcohólicas sacadas del mijo ó del arroz, eran los solos medios de embriagarse antes de la introducción del opio, y se usaban con ejemplar moderación. En la China no se hace vino. En el Japón se bebe vino de arroz, y el refrán dice: «El vino es la escoba de los cuidados.» Pero raras veces se ven borrachos.

La China es el país de las grandes ciudades y de las numerosas aldeas. La forma dominante es la de aldeas. Juzgado según el número de las grandes ciudades, se pudiera creer que la mayoría de la población mora en ellas, pero no sucede así. El chino ante todo es habitante de aldea; las ciudades están pobladas por la flor del comercio chino, pues son los puntos de reunión de comerciantes y las residencias de los empleados. Unterberg dice: «Acercándose á la muralla, se oye el ruido propio de una gran ciudad, luego al entrar se ven las calles llenas de una multitud que habla á gritos y un gran número de animales que van de arriba abajo; por unas calles muy estrechas se llega al interior de la ciudad, y lo son tanto, que apenas caben en ellos dos carretillas; á lo largo de las tiendas y de las casas atestadas de vecinos, hay aceras para los transeúntes. El exterior de las casas está pintado ricamente de varios colores, y adornado de dorados elegantes. Entre los adornos se notan las formas más variadas de figuras fantásticas y dragones; y todo este conjunto da un aspecto sumamente original á una calle comercial en la China.»

En las partes pobladas de la China se encuentran, en un círculo de 5 á 7 kilómetros, de 150 á 200 aldeas de notable extensión. En el Norte hay aldeas de cien familias, y algunas cuentan 800 habitantes. Las calles estrechas de las aldeas están siempre muy animadas, son frecuentes las tiendas y los establecimientos de te, y á menudo se celebran mercados. A la entrada de las aldeas hay puertas de honor en conmemoración de las virtudes de sus habitantes, que han merecido semejante distinción por su conducta intachable y su patriotismo. Las ciudades chinas están construídas con arreglo á un plano cuadrado y rodeadas de murallas; en las más antiguas, las calles son sumamente tortuosas y el extranjero no puede encontrar su camino sino en los arrabales. El Sud y el Norte no son iguales bajo este concepto. En las regiones que abundan en canales, los caminos, en su mayoría, son estrechos, pero están empedrados, y apenas se ven en ellos vehículos ó animales de transporte.

Al contrario, en las regiones más ó menos montuosas se usan mucho las bestias de carga. Esta diferencia ejerce cierta influencia en las ciudades del Sud y del Centro, cuyas calles miden de 1 $\frac{1}{2}$ á 4 metros de ancho, y en las del Norte sólo el espacio suficiente para dejar pasar cómodamente los carros. En las calles estrechas hay altos edificios; las tiendas no pasan de 4 á 5 metros de ancho pero tienen mucha profundidad. Los patios interiores, que son varios en los palacios, compensan la falta de ventanas exteriores. Sólo en el interior se nota la comodidad, la riqueza, los hermosos colores y las formas fantásticas del arte chino. Los rótulos de los comercios tienen profusión de dorados, miden 4 metros de alto y medio de ancho y cuelgan á ambos lados de la puerta. El símbolo del ojo abierto de la autoridad aparece modestamente pintado á su lado. En esta tabla están inscritos los nombres de todos los vecinos de una casa, pero en muchas provincias son muy raras estas tablas ó á lo más contienen únicamente el nombre del dueño. En las esquinas hay azulejos con los nombres de las calles, la mayoría de los cuales tienen un sentido elevado, por ejemplo, calle de la Beneficencia, del Amor, del Cielo, de la Pureza, de la Modestia etc. En el arrabal occidental de Cantón se encuentran también calles numeradas. Después que la revolución de los taipinges hubo destruído muchas ciudades en el Sud y en el Centro, surgieron de las cenizas y de las ruinas nuevas ciudades, que fueron edificadas sobre un plano más independiente del sistema antiguo. Nantchang, una de las capitales de provincia más célebres, tiene calles anchas y muy limpias. A pesar de la pobreza de la provincia de Kiangsi, su comercio es enorme, estando favorecido por su posición en la línea principal del tráfico. Lo que llega del Norte ó del Sud, debe atravesar esta ciudad, importante también como centro de la industria de la porcelana.

En los caminos se encuentran frecuentemente posadas aisladas, que se reconocen por unas grandes borlas colgando de la puerta. Los chinos son aficionados á vivir muchos en una misma casa, costumbre que no abandonan ni aun en los países lejanos. En San Francisco viven 15.000 chinos en un espacio que apenas basta para la décima parte de europeos. Por lo que respecta á las cabañas de los campesinos, todas son sucias, poco oreadas y sumamente estrechas. En cambio se cita cierta clase de propietarios, en el Occidente y en el Norte, que se han retirado de los negocios, colocando el dinero en terrenos y arrendándolos, y que constituyen una especie de aristocracia rural. Es rasgo característico de la vida patriarcal china en el campo la costumbre de vivir juntos todos los que están enlazados por íntimo parentesco. Desde el bisabuelo hasta el biznieto, viven con frecuencia cinco generaciones bajo el mismo techo, y á pesar de ello, el chino es muy aficionado á cambiar de domicilio. Fortune se manifiesta sorprendido de los cambios de lugar de las aldeas en la isla Namoa cerca de Cantón. Donde solían fondear hace algún tiempo los barcos con cargamento de opio, había surgido una aldea entera, que desapareció cuando se alejaron los barcos, causa de su fundación. Palladis relata que Mergen, notable ciudad de la Mandchuria del Norte, está por tercera vez trasladándose á un nuevo territorio; la primera vez que mudó de sitio fué por juzgar sus habitantes que prosperarían más en otra parte, pero esta esperanza quedó frustrada; su posición actual es tan mal sana que ya se piensa en una nueva mudanza, pues en el sitio en que existía anteriormente se ha desarrollado un importante establecimiento comercial.

En el tráfico de China se reconoce el decaimiento de este imperio. El grandioso sistema de canalización en la